

## CAPÍTULO VIII.

COLON.—CONTINUACION DE LOS DESCUBRIMIENTOS.—TRATAMIENTO DE COLON POR LA CORTE.

1494—1503.

Continuacion de los descubrimientos.—Reaccion de la opinion pública.—Confianza de la reina en Colon.—Descubre Colon la Tierra-Firme.—Isabel vuelve á enviar á su país á los indios esclavos.—Quejas contra Colon.—Este es suspendido del gobierno.—Apología de los reyes.—Cuarto y último viaje de Colon.



L lector apartará sin duda con placer la vista de los tristes y dolorosos pormenores de la supersticion, para fijarla en los nobles esfuerzos que hacia el gobierno español á fin de estender los límites de la ciencia y de sus dominios en la parte de Occidente.

“En medio de las tormentas de Italia, España iba cada dia estendiendo sus alas sobre un imperio mas vasto, y dilatando la gloria de su nombre hasta los mas lejanos países de los antípodas.” Tales son las ampulosas frases con que el entusiasta italiano Mártir anuncia lleno de gozo los brillantes progresos de los descubrimientos que se hacian al influjo del genio de su ilustre compatriota Colon <sup>1</sup>. Los reyes de España no habian perdido nunca de vista el nuevo imperio que tan inesperadamente se les habia presentado, cual si hubiera surgido

<sup>1</sup> “Inter has Italiae procellas magis suum ad Antipodes poriget.” Pedro Mártir, Opus Epistolarum, epist. 146.  
in dies ac magis alas protendit Hispania, imperium auget, gloriam nomenque

CAP. VIII.  
Continuacion  
de los descu-  
brimientos.

PARTE II. de los senos del Oceano. Las primeras relaciones que hicieron el gran navegante y sus compañeros del segundo viaje, cuando todavía estaban acaloradas sus imaginaciones con la belleza y novedad de lo que habian visto sus ojos en el nuevo mundo, sirvieron para mantener vivo el entusiasmo que aquel inesperado suceso habia producido en la nacion <sup>2</sup>. Las várias muestras de los productos de aquellas desconocidas regiones, que traian las naves que volvian, confirmaban á los españoles en la grata persuasion de que aquellos paises eran parte del gran continente de Asia, que tan de antiguo escitaba la codicia de los europeos. La corte de España, participando del entusiasmo general, se esforzaba en promover el espíritu de descubrimiento y colonizacion, proporcionando los auxilios necesarios, y accediendo inmediatamente á todo cuanto Colon proponia. Pero aun no habian pasado dos años desde el principio del segundo viaje, cuando el aspecto de las cosas sufrió un cambio lamentable. Llegaron á España noticias de que habia en la colonia el mas grave disgusto y desaliento, al paso que lo que venia de aquellas ponderadas regiones era tan poco que estaba muy lejos de corresponder á los gastos que se hacian.

Mal proceder de los que iban á la colonia.

Este triste resultado era debido en gran manera al mal proceder de los mismos españoles. La mayor parte eran aventureros que solo se habian embarcado con la esperanza de allegar en poco tiempo grandes riquezas en aquellas Indias llenas de oro: no tenian subordinacion, ni constancia, ni habilidad, ni ninguna de las cualidades regulares que son necesarias para el buen éxito de semejante empresa. Apenas se hacian á la vela de las costas de España, parecia que se consideraban libres de toda ley y de todo freno: miraban con envidia

<sup>2</sup> Véase, entre otros testimonios, una carta dirigida á las autoridades de Sevilla por el doctor Chanca, que acompañó á Colon en su segundo viaje. Despues de participar el hallazgo de oro en la Española, decia: "Ansi que de cierto los reyes nuestros señores desde agora se pueden tener por los mas prósperos é mas ricos príncipes del mundo, porque tal cosa hasta agora no se ha visto ni lei-

do de ninguno en el mundo, porque verdaderamente á otro camino que los navíos vuelvan pueden llevar tanta cantidad de oro que se pueden maravillar cualesquiera que lo supieren." En otra parte de la carta el doctor se exalta en iguales términos ponderando la feracidad de aquel suelo y clima. Letra del doctor Chanca, en Navarrete, Coleccion de Viajes, t. 1, pp. 198-224.

y desconfianza al almirante como á extranjero; y los nobles y los hidalgos, de que habia sobrado número en la espedicion, le despreciaban como á hombre elevado de la nada, á quien era deshonoroso obedecer. Desde el primer momento de su desembarque en la Española se entregaban á la mas desenfadada licencia con los inofensivos naturales, que en la sencillez de su corazon habian recibido á los blancos como á enviados del cielo. Pero sus ultrajes no tardaron en provocar una resistencia general, que produjo tal guerra de esterminio, que antes de los cuatro años de la llegada de los españoles á la isla habian sido sacrificados una tercera parte de sus pobladores, que ascendian probablemente á muchos cientos de miles. Tales fueron los tristes auspicios con que se inauguró la comunicacion entre el civilizado blanco y los sencillos naturales del mundo occidental <sup>3</sup>.

Semejantes escesos, y el absoluto abandono de la agricultura (porque nadie queria remover la tierra, como no fuera para buscar el oro que hubiese en sus entrañas), produjeron al fin una escasez espantosa de mantenimientos, porque los infelices indios abandonaron tambien sus labores acostumbradas, resueltos á dejarse morir de hambre para hacer perecer con ellos á sus opresores <sup>4</sup>. Colon, á fin de remediar la miseria que amenazaba á su pequeña colonia, se vió precisado á adoptar medidas de rigor, acortando la racion de víveres, y obligando á todos á trabajar, sin distincion de clases. Estas desagradables disposiciones bien pronto ocasionaron un descontento general. Los orgullosos hidalgos se quejaron altamente de la indignidad de hacerlos ocupar en trabajos tan mecánicos, al mismo tiempo que el P. Boil y sus compañeros se resintieron de que se disminuyeran sus raciones ordinarias <sup>5</sup>.

Con este motivo los reyes de España recibian todos los dias fuer-

<sup>3</sup> Fernando Colon, Hist. del Almirante, cap. 60, 62.—Muñoz, Historia del Nuevo-Mundo, lib. 5, sec. 25.—Herrera, Indias occidentales, dec. 1, lib. 2, cap. 9.—Benzoni, Novi Orbis, Historia, lib. 1, cap. 9.

<sup>4</sup> Los indios tenian algun fundamento para confiar en la eficacia de este medio, si, como asegura Casas con toda

formalidad, con lo que un español consumia en cada dia podian haberse mantenido tres familias.—Llorente, Œuvres de D. Barthélemy de las Casas, précédées de sa Vie (Paris, 1822), t. 1, p. 11.

<sup>5</sup> Mátyr, De Rebus Occenicis, dec. 1, lib. 4.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. 20, t. 11.—Herrera, Indias Occidentales, dec. 1, lib. 2, cap. 12.

PARTE II. Quejas contra Colon. tes quejas contra la mala administracion de Colon, y contra la impolítica é injusta severidad que empleaba así con los españoles como con los naturales. No daban sin embargo los reyes asenso á estas vagas acusaciones, porque comprendian las dificultades de que Colon se debía ver rodeado; y si bien enviaron un agente para informarse de la especie y naturaleza de las turbaciones que amenazaban la existencia de la colonia, tuvieron cuidado de elegir para aquel encargo á un sugeto que creian habia de ser del gusto del almirante; y cuando éste volvió á España, en el siguiente año de 1496, le recibieron con las mayores demostraciones de atencion y aprecio. "Venid á vernos," le decian en una carta de felicitacion que le escribieron poco despues de su llegada, "cuando podais sin que os cause incomodidad, porque habeis ya sufrido demasiadas molestias <sup>6</sup>."

Vuelve Colon de su segundo viaje. El almirante trajo consigo, como la vez anterior, las muestras de los productos del hemisferio occidental que pudieran llamar la atencion del público y mantener escitada la curiosidad. En su tránsito por Andalucía estuvo algunos dias hospedado en el agradable albergue del buen cura Bernaldez, el cual en su historia cuenta con mucha satisfaccion el espectáculo que ofrecian los caciques indios que iban en la comitiva del almirante, adornados con collares y coronas de oro y con otras varias galas propias de los salvajes. Entre éstas hace especial mencion de ciertos cinturones de algodón y casquetes de madera, en que habia bordadas y grabadas figuras de diablos, unas veces en su propia semejanza, y otras *en figura de gato ó de lechuza*; de donde infiere "que hay razon para creer que el diablo se aparece á los isleños en estas formas, y que todos ellos son idólatras que tienen entregadas sus almas á Satanás <sup>7</sup>!"

Mas ya ni los atractivos del espectáculo, ni las entusiastas ponderaciones de Colon, que se imaginaba haber descubierto en las minas de la Española los bancos de oro de Ofir, de donde el rey Salomon ha-

<sup>6</sup> Navarrete, Coleccion de Viajes, t. II, Doc. Dipl., núm. 101.—Fernando Colon, Hist. del Almirante, cap. 64.—Muñoz, Hist. del Nuevo-Mundo, libro 5, sec. 31.

<sup>7</sup> Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 131.—Herrera manifiesta la mis-

ma opinion caritativa: "Muy claramente se conoció que el demonio estaba apoderado de aquella gente, y la traia ciega y engañada, hablándoles, y mostrándoseles en diversas figuras." Indias Occidentales, lib. 3, cap. 4.

bia sacado el que necesitó para enriquecer el templo, pudieron reanimar el abatido entusiasmo de la nacion. El encanto de la novedad habia cesado. Por otra parte oian muy distintas cantinelas á los demas viajantes, cuyos pálidos rostros escitaban la amarga burla de que traian mas de amarillo en la cara que en los bolsillos. En suma, la incredulidad del público era ya tanta, como escesiva fué su confianza anterior, y lo que venia de allende tan escaso, dice Bernaldez, "que generalmente se creia que habia poco ó ningun oro en la isla." <sup>8</sup>

Pero Isabel estaba lejos de participar de esta infundada desconfianza. Así como habia aceptado el proyecto de Colon cuando los demas le miraban con frialdad ó con desprecio, confiaba ahora firmemente en sus reiteradas seguridades de que por aquel camino de descubrimiento se habia de llegar á otros países mas importantes <sup>9</sup>. Ademas de lo cual, la reina juzgaba el valor de los nuevos países desde un punto de vista mas elevado que sus rendimientos de plata y oro, proponiéndose siempre, como lo prueban plenamente sus cartas é instrucciones, el glorioso objeto de estender los beneficios de la civilizacion cristiana entre los gentiles <sup>10</sup>. Estaba profundamente penetrada del mérito de Colon, con cuyo grave y elevado carácter tenia el suyo gran semejanza, aunque el entusiasmo que á entrambos distinguia estaba templado naturalmente en el de la reina con alguna mas benignidad y discrecion.

Pero aunque Isabel deseara prestar los auxilios mas eficaces á Colon para su grande empresa, las circunstancias del país eran tales que hacian inevitable alguna tardanza en proporcionar lo necesario para continuarla. El mantener la colonia habia ocasionado ya no pe-

<sup>8</sup> Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 131.—Muñoz, Historia del Nuevo-Mundo, lib. 6, sec. 1.

<sup>9</sup> Colon, en su carta al ama del príncipe D. Juan, fecha en 1500, reconoce y confiesa la proteccion que la reina le dispensó en los expresivos términos siguientes: "En todos hobo incredulidad, y á la reina mi señora dió nuestro Señor el espíritu de inteligencia y esfuerzo

grande, y la hizo de todo heredera como á cara y muy amada hija."—Su alteza lo aprobaba al contrario, y lo sostuvo fasta que pudo." Navarrete, Coleccion de Viajes, t. I, p. 266.

<sup>10</sup> Véanse las cartas dirigidas á Colon, con fecha de 14 de Mayo de 1493, y de Agosto de 1494, en Navarrete, Coleccion de Viajes, t. II, pp. 66, 151, y en otras partes.

Isabel le continúa toda su confianza.

PARTE II. queños gastos <sup>11</sup>; y por otra parte agotaban el empobrecido erario las guerras de Italia y la ostentosa magnificencia con que á la sazón se estaban celebrando las bodas de los príncipes; porque precisamente en medio de los regocijos con que se festejaron las bodas del príncipe D. Juan fué cuando el almirante se presentó á los reyes en Burgos, de vuelta de su segundo viaje. Por estas causas era tal el estado del tesoro, que Isabel, para pagar el coste de una expedición que en aquel tiempo salió para la colonia, tuvo que echar mano del dinero que estaba destinado para las bodas de su hija Isabel con el rey de Portugal <sup>12</sup>.

Honras y distinciones que se dispensaron á Colon.

Esta desagradable tardanza se hacia sin embargo llevadera para Colon por las señaladas muestras que recibia todos los dias del afecto de los reyes. Dictáronse diversas órdenes confirmando y extendiendo las facultades y privilegios de la manera mas generosa, y hasta un grado mayor que el que su modestia ó su prudencia le permitieron aceptar <sup>13</sup>. Y los términos con que se le otorgaban estas régias distinciones, las hacian doblemente satisfactorias para su noble corazón, porque en ellas se contenia el testimonio mas honorífico de sus "muchos, buenos, leales, señalados y continuos servicios," y se manifestaba la continuacion inalterable de la confianza de los reyes en su integridad y prudencia <sup>14</sup>.

Entre los obstáculos que se oponian á la pronta terminacion de los preparativos para la partida del almirante á su tercer viaje, se puede

11 Solo los salarios que pagaba anualmente la corona á personas residentes en la colonia subian á seis millones de maravedís.—Muñoz, Historia del Nuevo-Mundo, lib. 5, sec. 33.

12 Idem, lib. 6, sec. 2.—Fernando Colon, Hist. del Almirante, cap. 64.—Herrera, Indias Occidentales, lib. 3, cap. 1.

13 Tal fué por ejemplo la concesion de un territorio inmenso en la Española, con el título de conde ó duque, segun quisiera el almirante.—Muñoz, Hist. del Nuevo-Mundo, lib. 6, sec. 17.

14 La escritura de fundacion del mayorazgo ó vínculo de los estados de Colon tiene una cláusula mandando "que sus sucesores no puedan usar en tiempo alguno ninguna otra firma que la de "El Almirante," aunque tengan otros títulos y honores, sean los que fueren." Este título indicaba sus particulares hazañas; y un justo orgullo le movió á querer perpetuar por este sencillo medio la memoria de ellas en su posteridad. Véase el documento original en Navarrete. Coleccion de Viajes, t. II, páginas 221, 235.

contar tambien la enemiga del obispo Fonseca, á cuyo cargo estaba entonces la direccion de los negocios de Indias. Este era un hombre de genio iracundo, y segun parece incapaz de olvidar las ofensas; porque por algunos motivos de disgusto que habia tenido con el almirante, anteriormente á su segundo viaje, no perdía ocasion de mortificarle y de embarazar sus planes, para lo cual desgraciadamente le daba sobrados medios el cargo que ejercia <sup>15</sup>.

Por estas varias circunstancias la flota de Colon no pudo hallarse dispuesta hasta principios de 1498, y aun entonces se presentaron nuevas dificultades para tripularla, porque habia pocos que quisieran entrar en un servicio que habia caido en tan general descrédito. Hubo pues que recurrir al ruinoso medio de llevar delincuentes, cuyas condenas se conmutaban en la de ser trasportados á las Indias por cierto número de años. No podía haberse discurrido medio mas á propósito para causar la ruina de aquella naciente colonia. Bien pronto los gérmenes de corrupcion, que de muy atras infestaban el antiguo mundo, dieron abundantes frutos en el nuevo; y Colon, que habia sugerido semejante medida, fué el primero que esperimentó sus amargos resultados.

Por fin, hallándose ya todo prevenido, el almirante se embarcó en su pequeña escuadra, compuesta de seis naves, cuya tripulacion iba aún muy incompleta, no obstante haberse empleado toda especie de medios para llenar su número, y se hizo á la vela del puerto de Sanlúcar, á 30 de Mayo de 1498. Hizo rumbo más al Mediodía que en sus viajes anteriores, y á 1.º de Agosto logró descubrir *Tierra-Firme*, adquiriendo de esta manera la gloria de ser el primero que pusiera el pié en el gran continente meridional á que antes habia abierto camino <sup>16</sup>.

No hay necesidad de seguir paso á paso al ilustre viajero, cuya carrera, episodio el mas brillante del presente reinado, ha sido descrita

15 Muñoz, Hist. del Nuevo-Mundo, lib. 6, sec. 20.—Fernando Colon, Hist. del Almirante, cap. 64.—Zúñiga, Anales de Sevilla, año 1496.

16 Pedro Mártir, De Rebus Oceanicis, dec. 1, libro 6.—Navarrete, Coleccion de Viajes, t. II, Doc. dipl., nú-

meros 116, 120.—Tercer viaje de Colon, en Navarrete, t. I, p. 245.—Benzone, Novi Orbis Hist., lib. 1, cap. 10, 11.—Herrera, Indias Occidentales, dec. 1, lib. 3, cap. 10, 11.—Muñoz, Hist. del Nuevo-Mundo, lib. 6, sec. 19.